

A dark, atmospheric photograph of a tree-lined path. The path is paved with concrete slabs and runs down the center of the frame, flanked by rows of bare trees. The scene is dimly lit, with a blueish-grey tint. In the center of the image, two large, glowing yellow eyes with black pupils are superimposed, looking directly at the viewer. The eyes have a fiery, textured appearance.

**MARCELO MERMOZ**

**LOS OJOS  
AMARILLOS DEL  
DIABLO**

Mermoz Marcelo: Los ojos amarillos del diablo- 1a ed. -  
Avellaneda : WGT Ediciones, 2014.

EBOOK

ISBN 978-987-1827-47-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título  
CDD A863

Fecha de catalogación: .16/10/2014



**[www.wgt-ediciones.com](http://www.wgt-ediciones.com)**

3970-2130 / 15 5922-8829

Diseño y diagramación de tapas e interiores wgt ediciones.

[wgtcomunicaciones@yahoo.com.ar](mailto:wgtcomunicaciones@yahoo.com.ar)

[www.wgt-ediciones.com](http://www.wgt-ediciones.com)

[www.wgtediciones.com](http://www.wgtediciones.com)

La imagen de tapa de autoria de Marcelo Mermoz modificada digitalmente  
con imágenes libres de internet.

Primera edición diciembre de 2014. wgt ediciones.  
“Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723”

# LOS OJOS AMARILLOS DEL DIABLO

MARCELO MERMOZ



*“Orígenes*

*“...Al salir del matorral vieron dos puntos  
luminosos que parecían despedir fuego.  
Creyeron que se trataba de los ojos de la fiera que  
buscaba a quienes pretendían hacerle frente...”*  
*El vigía de los guaraníes*  
*Leyenda indígena*

*Jorge Luis Borges*  
*Buenos Aires*

1

1870

Llovía sobre el manto verde de la jungla formando una cortina de agua que lo lavaba todo. No era una lluvia tupida, sino una llovizna continua como una película que escurría del follaje y serpenteaba entre la hojarasca formando regueros buscadores de vertientes.

Los hilos de líquido se derramaban en pequeñas cascadas en el río y bramaba en las piedras que asomaban como dientes romos entre sus aguas pardas y que junto al telón fosforescente de los relámpagos, daban una imagen espectral y fugaz al entorno.

Oscurecía.

Parado sobre la colina, la vista del Opygua se perdía en el tapiz de diferentes matices de verdes, y el horizonte irregular se desdibujaba por la niebla surgida de las hondonadas que cubría la selva extendida hasta el infinito.

—Ñanderu —musitó —permite a los hombres de mi pueblo que puedan transitar por tu espesura y dales sabiduría para llegar a la comunidad a salvo.

Los hombres del poblado cada vez se internaban más en la selva buscando algo que llevarse a la boca, los peces y la caza eran escasos. El hombre blanco, -los Jurua, les decían- los ahuyentaban con sus obras sobre el río, con la tala, con los alambrados y las carreteras y ellos, los Mbya, venían bajando cada vez más del territorio de Paraguay, en procura del sustento, ya que hacía tiempo que no cazaban nada en las cercanías.

Huían de la guerra. Devastaron los terrenos los obuses. Esas extrañas varas con las fauces abiertas y negras que vomitaban muerte. Huían también de las enormes máquinas acorazadas que recorrían los ríos y disparaban a

mansalva descabezando los árboles y sentenciando la tierra quemada a la esterilidad purulenta de las llagas del fuego y el azufre. Buscaban mejores terrenos de caza y pesca, áreas donde poder cultivar, tierras en paz y en silencio donde no murieran las bestias quemadas por el ácido de las varas de los juruas. Si los “truenos de fuego” hablaban, alguien moría, y eso, -pensó el Opygua- no puede ser bueno.

Transitaron silenciosos entre los ejércitos que se masacraban sin piedad, sin siquiera ser reparados en su paso. Días enteros permanecieron ocultos y apartados de los hombres blancos, y la situación cada vez se volvía más conflictiva. A medida que transcurrían las horas se hacía evidente la posibilidad de un contacto, y si el hombre blanco mataba a sus propios hermanos, era muy posible que ellos corrieran igual suerte.

El hombre viejo abría la marcha con cuidado, transitando por los senderos que sólo ellos vislumbraban en la floresta y haciendo paso entre los frondes que retiraba como si los acariciara, reverenciando a la jungla y a su entorno. Caminaban por lugares que permitían atravesar los muros verdes de troncos cubiertos de líquenes y matorrales, de arbustos y de helechos. La gente marchaba en fila india, auscultando los sonidos de la selva, en medio del farfullar de las aguas de los arroyos luego de la lluvia tupida que se abatiera sobre esas tierras.

Mba' evera era su nombre, que había sido musitado por el Opygua de su pueblo cuando naciera y que le diera un lugar y una forma entre los suyos. Su padre, Karai, el Opygua anterior, fue quien le puso su nombre. Y el padre de su padre, Vera Chunu, Opygua también, susurró el nombre a su padre y así fue durante las últimas generaciones.

Salió de repente tras la cortina verde. Se detuvo y de antemano supo que los suyos se ocultarían en la jungla a esperar una señal para continuar avanzando. Por delante alcanzó a ver un claro que encerraba una zona pantanosa camuflada por las cortaderas y pastos verde brillante por un lado y arvejillas de agua a ras de suelo por el otro que dejaban entrever un caos irreal de cuerpos y sangre por donde se extendiera la vista.

Cuerpos.

Un entramado de carne sanguinolenta, quemada y reducida a jirones que se mezclaban con los restos de huesos expuestos y astillados sobrevolados por los jotes satisfechos, que ahítos de tanta muerte se paseaban hinchados por el festín de carne que se descomponía en ampollas tumefactas de podredumbre, y de cuerpos movilizados por masas hormigueantes de gusanos.

La selva estaba de fiesta. Los juruas se habían masacrado.

¿Qué puede ser tan importante para que un hombre mate a un hombre? Al final, -pensaba- todos sienten el dolor de la misma manera, y allí tendidos, en una maraña de cuerpos, bajo el mismo color de la sangre, no se distingue la diferencia entre los uniformes. Todos mueren, todos sienten la misma sed, el mismo dolor. Todos dejaron atrás lo mismo. Se preguntó quién se beneficiaba de aquello; seguramente no eran hombres, porque, ¿quién podía disfrutar de aquello, sea lo que fuere que estaba en juego?, se respondió.

Ropas blancas con chiripas rojos, chaquetas y pantalones azules, banderas, cintas, penachos. Todos diferentes... Todos cubiertos por la misma sangre roja.

Pantalones blancos, cuerpos blancos y negros juntos como nunca los viera. Todos muertos, todos con los mismos gestos de dolor y desconcierto. Algunos, incluso aún, con los ojos abiertos. Con las gorras caladas, con camisas quemadas, con morrales quemados por la metralla, con mosquetes, pistolas y bayonetas al aire procaces y desnudas al fulminante sol que cocía la piel y la voluntad.

Pasó por el lugar en silencio, como una sombra. Intentando no pisar los cuerpos y orando entre los restos de aquella guerra fratricida. Un rostro se volvió en su dirección, las lombrices devoraban sus labios y asomaban entre la cuenca de uno de los ojos quemados.

—Agua. -pareció implorar, y luego pidió la muerte, —el dolor y el fuego en el vientre arden como un caldero -dijo entre los dientes sin labios. El Opygua bajó la vista asombrado, aquel hombre, al igual que muchos otros eran guaraníes, y no se atrevió a decirle que no tenía vientre. Deslizó el recipiente de agua en la boca y derramó el líquido que se perdió entre las comisuras. Los movimientos eran suaves, una caricia que el moribundo aceptó con un mudo gesto de agradecimiento Durante varios instantes permaneció en cuclillas acompañando su dolor y orando a Ñanderu para poner fin al sufrimiento de tantas almas allí reunidas. Con lentitud se paró en silencio y

aguardó que el hombre entrecerrara los ojos de los que afloraran lágrimas y allí donde se encontraba, terminó con su tormento. Retornó donde se hallaba su gente sin mediar palabra, para alejarlos del infierno en la Tierra.

A menudo los jurua los corrían con armas de fuego y con perros hambrientos, ahora era distinto, se habían olvidado de ellos. Mba'evera nunca había visto tantos juruas juntos ni tantos cuerpos sin vida. A menudo su relación con la muerte había sido totalmente distinta porque ellos, los Mbya, morían de a uno por vez. A veces solos, en silencio y sin lágrimas, con aceptación y paz. Los ancianos se alejaban de la comunidad internándose en un último viaje, con sus cuerpos cansados sostenidos por nudosos cayados. Otras veces, ocasionales catástrofes daban cuenta de aldeas enteras y se llevaban consigo a diez o quince almas, pero nunca había presenciado pérdidas tan alienantes como aquella, donde los cadáveres se amontonaban como si fueran los troncos de los árboles que los juruas desmontaban en la floresta.

La tristeza lo embargaba. ¿Sería posible que hubiera tantos juruas más allá de la jungla?, ¿qué murieran de a tantos miles?

Los ancianos no hablaban a menudo de ello, pero los antiguos recordaban el momento del encuentro. Habían sufrido una indiscriminada matanza en la que perdieron a sus esposas y muchos hijos que enterraron en la jungla hasta que en reunión, los ancianos, decidieron que debían camuflarse como juruas si querían vivir por más tiempo. Conforme pasaban los años la tierra que habitaban y que habitaran sus ancestros, cambiaba. Después de todo, nada de aquello les pertenecía, y por otro lado, había suficiente para todos, ¿sería por eso que peleaban ellos?

Allí por donde pasaba el hombre blanco, ríos de tierra comenzaron a cruzar la jungla, y con el tiempo, algunos se cubrieron de piedra gris. Recordó las discusiones, la primera vez que vieran una carretera de tierra, tratando de entender qué clase de animal dejaría un rastro de esa magnitud, hasta que algo totalmente nuevo se desplazó por la huella en medio de un estela de humo y no fue hasta que vieron a un hombre arriba, que comprendieron que no se trataba de rastros, sino de cicatrices dejadas por los jurua en el terreno.

Comenzaron a seguirlos, porque descubrieron que no reparaban en ellos y se ocultaban poco tiempo en lugares densos donde no podían ser rastreados, pero la comida... eso sí era un problema.

A menudo en las malas épocas, los niños comenzaban a morir con el calor en el cuerpo, el vientre hinchado, los dientes negros y los ojos vidriosos.

Las mujeres se esforzaban día a día buscando maíz, calabaza, mandioca, o papas para alimentarlos porque la carne escaseaba cada vez más.

*“La vida se extiende como un árbol con las ramas apuntando al cielo, indicando la dirección del viaje iniciado con el nacimiento, pero tarde o temprano, todas las ramas cesan de crecer. Pueden aparecer algunas nuevas, pero las que se detuvieron, no crecen más y con el tiempo, hasta el árbol muere, y no queda ya registro alguno de las ramas.”*

El hombre blanco había enfermado la jungla, y ésta se moría allí donde diezmaba la conciencia de la tierra y los claros se expandían como una enfermedad. Primero fueron los leñadores y los camiones, luego construían casas y chozas gigantescas de chapa, después las maquinarias ahuyentaban a los animales del bosque, y si uno se quedaba mucho tiempo, el claro lo destruía a uno. La jungla comenzó a separarse de los claros por hilos de alambre que mordían las carnes. —Los tiempos cambian, este tiempo no es de los Mbya. No es algo que los Mbya podamos entender, somos una rama más. Ahora es tiempo de los hermanos Juruas.

Se volvió y, apoyado contra la rama de un nogal, decidió emprender el camino de retorno a la comunidad.

LOS OJOS AMARILLOS DEL DIABLO

2

1920

Ñanderu.

El Padre.

El principio de toda vida.

En la alborada de los tiempos, Ñanderu amasó un puñado de tierra, y trajo la palmera pindó, la plantó en el polvo y comenzó a danzar, y así creó el mundo.

Ñanderu era vida, la vida era Ñanderu. En un principio él se creó a sí mismo, sin madre ni padre. Del caos emergió el orden y del orden emergió el Mbya.

Tan simple como eso, porque la vida es simple y se crea y se destruye a sí misma. Así había sido el principio; y desde entonces comenzó a crear. Creó al hombre, a la Tierra, al cielo, a las estrellas y a los otros Dioses para no sentirse solo.

Cada noche Aratiri se sentaba en cuclillas a un costado del fuego, con los ojos entrecerrados, porque el brillo del sol que fustigaba la selva y lo cocía todo, le dolía. Solía evocar su vida buscando un sentido a sus experiencias. Una noche, poco tiempo después de que sus padres se radicaran en la zona, forzados por el embarazo avanzado de su madre, un rayo golpeó el árbol que cobijaba la vivienda preanunciando su nacimiento y cuando asomó la cabeza al mundo, la copa del árbol ardió partiéndose estruendosamente dando inicio a la tormenta. El grito del niño hendió el aire y cuando su padre fue por el nombre, Mba'evera musitó simplemente "Aratiri". El padre se fue orgulloso, y Mba'evera dijo en un suspiro: —Ese niño será el próximo Opygua.

Aratiri. El rayo.

Iniciaba su meditación con un cántico suave, una letanía casi inaudible que comenzaba a escucharse luego hasta convertirse en una serie de sonidos acompasados y rítmicos como el arrullo de las aguas del río. Cerraba los ojos e iniciaba su viaje interior al río de su conciencia. Labraba las piedras de su personalidad y desgastaba las rocas de sus impulsos, moldeando el cauce de su impaciencia y buscando costas serenas donde resolver los problemas del grupo. Esa y otras técnicas para trabajar los aspectos humanos de su personalidad, las había aprendido de su padre y del padre de su padre. Ahora hacía mucho tiempo que ambos habían muerto. Mba'evera los había guiado a aquel claro en la jungla cuando él aún era un alma en busca de un cuerpo. Los relatos de los suyos, los que aún recordaban algo del viaje, hablaban de la Guerra Guasu.

Los hombres blancos habían matado todo. Los hermanos, las bestias, las plantas de la selva.

Tiempo después. Años. Una noche clara, a la vera del ancho río y cuando aún chisporroteaban los maderos en el fuego con chispas que volaban ascendiendo en el tapiz de la noche, Mba'evera, ya viejo, habló de su pronta partida, del viaje final que aguarda a todos los seres vivos. Fue sólo una mención, el alumno debía estar presto a tomar su lugar. Así Aratiri recibió el payé de Opygua de boca de su maestro.

“Los Mbya no tenemos memoria escrita como el hombre blanco” –dijo—sólo oral, por eso estamos acá, para recordar y venerar a Ñanderu”.

Ahora, esa noche, desnudo y con el torso bronceado reflexionó sobre todo aquello, y sobre su relación con el jurua y mientras miraba las pequeñas luces que se desprendían de las lenguas ígneas de la fogata, se preguntó si realmente los espíritus de los que se iban, ascendían tan luminosos.

Si Ñanderu creó todo, también creó al hombre blanco, con todos sus defectos y sus odios a flor de piel.

Marcado por las llamas de la fogata que dibujaban lenguas cambiantes con un reflejo rojizo en la oscuridad, el hombre se movía con estudiada lentitud. Seguía el rito que sus ancestros habían aprendido desde el principio de los tiempos y ahora él, a su vez, debería pasarlo a un elegido.

Lentamente mezcló en la escudilla de barro cocido los pigmentos extraídos de corteza y piedra cuya ubicación protegía con esmero. Hundió los dedos para completar los glifos que trazaba en la piel tersa y húmeda por la transpiración. Recorrió un camino en la frente y las mejillas, marcando con la tinte los rastros de su memoria y la memoria de los suyos en cada vuelta y cada

recodo, como el río. Mientras los dedos trabajaban siguiendo los trazados, recitaba la plegaria que los Mbya recordaran desde tiempos inmemoriales.

Mientras hacía esto, observaba concentrado el río, sin verlo, de frente a la corriente.

El cauce seguía hinchado y oscuro, y bajaba como los monos bajan de los árboles, con energía y algarabía. La máscara ocultó lentamente sus facciones humanas y el hombre sintió, de a poco, cómo su personalidad era fagocitada por la investidura de sus ancestros, adueñándose de sus músculos y su voluntad.

Todos los antepasados gobernaron sus sentidos y se retreparon en su espíritu como las enredaderas en torno a los troncos de los árboles que, ahora sin vida, ocupaban la jungla que los vio nacer.

Ahora cuidaba de su gente. Los recuerdos de la comunidad eran los suyos y se hundían en la tierra roja común de sus antepasados. Los ancestros, la aldea y la jungla eran el espíritu comunitario. Su experiencia le pertenecía a todos. Él mismo se debía a su gente y su deber era pasar ese conocimiento de boca en boca para otorgar la identidad y para que los recién llegados supieran y no olvidaran.

Con reverencia, extendió una piel de jaguar en el suelo previamente alisada. La peinó con los dedos, la limpió con cuidado y comenzó el lento camino de la transformación. Se paró con decisión y caminó hasta la fogata, donde al rescoldo, se cocía en una vasija lo que ellos conocían como: “el espíritu del bosque”. Hundió la cuchara y tomó una porción del arrope que bebió de un sorbo, mientras comenzaba la letanía de una oración de cuando el hombre era joven en esa tierra y ese mundo. Invocar a las fuerzas de la tierra, demandaba obrar con responsabilidad y respeto, de lo contrario los ancestros se lo harían saber en su momento.

Más lejos, a unos metros de distancia, una sombra lo observaba. Sostenía entre brazos un pequeño fardo inerte. Recordó de repente que había relegado la elección del nuevo “hombre santo”, por un problema más inmediato. Su hermano, Kaaguy, lo esperaba desde hacía unas horas. Visiblemente molesto, sostenía el cadáver de un niño aguardando que los ancestros dieran nombre o se llevaran a su hijo de aquel mundo. Optaron por lo segundo. Hacía tiempo que su comunidad estaba asentada en la zona y el niño de su hermano era el primero que moría sin nombre desde que él era Opygua.

Una mueca de amargura se trazó en el rostro de Aratiri. La muerte de niños pequeños era frecuente en la comunidad. Pero hacía tiempo que ninguno

moría de recién nacido. A menudo tenía pesadillas, siempre las mismas. Algo le roía las entrañas, una rata blanca que salía de su cuerpo inerte y le roía los pies hasta que no podía caminar. Y cuando caía, le roía los ojos hasta que no podía ver, y seguía por las orejas, y ya no podía escuchar... El sueño hablaba por sí mismo y, sospechaba, de su incapacidad de oír los nombres de la gente nueva.

Por la mañana temprano, aún antes que el aliento de la selva se elevara al calor del sol, Kaaguy había llegado con el niño en brazos, y lo presentó al Opygua. El pecho del neonato se hundía como si algo le hubiera arrancado un pedazo de un mordisco. Supo entonces que no habría futuro para el niño más allá de ese día. Pese a todo, intentó a través de los ritos y las danzas, darle un nombre a su sobrino.

Algo había ocurrido en la tierra, o algo había ocurrido con ellos.

Aquel niño marcaba una línea negra en el linaje de los Mbya. Nunca antes algo así había pasado, y no hubo registros orales de ese mal en las generaciones anteriores. El hombre santo debía anunciarlo, darle Ayvu´a, el sitial en la comunidad, y sin embargo... no ocurrió. Se preguntó si acaso Kaaguy habría ofendido a los Dioses. ¿O habrían susurrado el nombre y él perdió la capacidad de escucharlos?

Aratiri permaneció en silencio. Transcurridos unos instantes, comenzó a moverse muy lentamente, como se mueven las hojas del follaje, iniciando una danza acompañada por una letanía de oraciones, —algo no está bien -se dijo. Tal vez él oía, pero no quería aceptar. Tal vez, y después de todo, los ancestros no hablaron. No emitieron sonido alguno.

—La palabra es el acto creador, sin alguien que repita el nombre que soplan los espíritus, la persona no existe, y el alma debe volver.

Mientras en la soledad y el silencio del descanso merecido Yvy, la esposa de su hermano, aguardaba a su hijo. Un niño que no volvería al mundo Mbya. La letanía hablaba a los árboles y a la selva, que a través de sus hojas y el follaje se comunicaba con él, el hombre que danzando en torno al fuego pensaba que todo lo que conocía estaba muriendo. Cesó de moverse y se acuclilló... Transpiraba.

Las visiones de los espíritus y el mundo de los Dioses confluyeron.

Sólo las llamas crepitaban lamiendo los troncos. Las brasas rojas y ardientes teñían a las sombras y los contornos, y protegía a la aldea de las visitas nocturnas. Kaaguy estaba descorazonado. Tenía los ojos brillantes y no era la luz de la fogata que se reflejaba en ellos con la cadencia de las

llamas que, como una bailarina, contorneaba la silueta seduciéndolo. No era el calor del fuego, ni el esfuerzo del Opygua, era el brillo de su impotencia. No quería volver a ver a Yvy ni quería volver a casa. No otra vez ese día. No quería retornar con el niño sin nombre muerto en sus brazos. Sin alma. No quería decirle a su esposa, que los dioses así lo habían dispuesto.

Él respetaba su designio. Oraba cada vez que pisaba la selva, cada vez que mataba un ser vivo, cada vez que cruzaba un río. Pero ver a Yvy, con el dolor en los ojos, con la mirada rebelde de quien no puede entender estaba mucho más allá de lo que podía aceptar y ni siquiera podía orar por eso.

Yvy y él, habían conversado muchas veces del tema con Aratiri. Lo habían hecho a solas, aún cuando ella llevaba su hijo en el vientre y ambos estaban de acuerdo en que debían seguir la palabra del Opygua, pero cuando el niño abrió los ojos, Kaaguy supo que nada de lo hablado serviría en el caso en que su hermano no pudiera soñar un nombre.

Finalmente, había ocurrido el peor de sus temores. La desesperación creció dentro suyo como un remolino y lo sumió en la más oscura de las soledades. En silencio se internó en la jungla con el cuerpecito de su hijo aún en los brazos mientras Aratiri lo veía irse a sabiendas de que en algún lugar, alguien sufriría.

Ayudado por las rocas y las ramas de la jungla, cavó un hoyo en el suelo, separando la hojarasca en silencio, con las uñas de la ira clavadas en su mente. Un recuerdo surgía de a poco entre las brumas de la memoria: Itatay. Hacía tiempo que no recordaba a su hermana desaparecida unos años atrás. Su padre, había despertado esa mañana, sabiendo de antemano que ya no estaría más entre ellos.

—Otra vez el hombre blanco entró y se llevó mujeres -fue lo único que dijo inmerso en su pena y la impotencia.

La vida no fue la misma desde entonces, y aun así Kaaguy respetó los designios incomprensibles de los dioses.

Yvy nació el mismo día en que su hermana desapareciera del entorno y de su mundo. De niños, suplió su ausencia y años después fue su compañera.

Apiló tierra y piedras sobre el cadáver y se incorporó.

Una sombra cruzó su frente. Volvió el Caos.

La comunidad vivía entre sombras, escondidos allí donde el sol no pasaba a través del techo tupido de los frondes. Tiempo atrás, mucho antes siquiera que Mba' evera los guiara a esa región, los ancianos decidieron que se volverían invisibles para continuar entre los blancos. Sorbiendo las sombras

de la jungla, se transformaron en fantasmas. Vistieron ropas de blancos durante el día y se reunieron frente a las fogatas por las noches, repitiendo el linaje de los ancestros para no olvidar sus raíces. Su pueblo entonces, experimentó un nuevo dolor. Dolor que nada tenía que ver con el cuerpo o las heridas, o con el hambre. Era un dolor más profundo, de quien tiene que hacerse a un lado a sabiendas que su tiempo ha pasado. El mal, a ojos de Kaaguy, había comenzado el día en que Itatay fuera raptada. Los Mbya, estaba convencido, debían volver a recuperar la dignidad que perdieran. Si querían transitar por el mundo de los blancos la solución no era esconderse, sino combatir con ellos y hacerles entender que tanto unos como otros, eran creaciones del mismo Ñanderu.

A un lado del túmulo cavilaba de pie los pasos a seguir. Si el principio del caos había comenzado con Itatay, estaba claro que debía restaurar el equilibrio.

Su hermana llevaba muchas lunas desaparecida, tantas que había perdido la cuenta, aun así, estaba decidido: iría en su búsqueda aunque tuviese que ir al centro mismo de los poblados Juruas, y aun cuando ello implicara volverse visible.

Relajado con la decisión tomada, se sentó al pie de una gran roca a un lado de la tumba de su niño y cerró los ojos un momento. La ira y la angustia, eran fuerzas muy poderosas y la tensión de los eventos terminó por aflojarlo haciéndolo caer en un sopor pesado. De repente un sueño se volvió nítido: Se vio parado al lado del río crecido como el vientre de su esposa un día antes. Hacía calor y un colibrí, al que su gente llamaba “mainumbí”, agitaba las alas a su lado. De pequeño tamaño, sobresalía del entorno quieto y silencioso por un tenue zumbido. Las lenguas trémulas de los últimos rayos de sol que se colaban en el claro y arrancaban destellos dorados del lomo de la avecilla, le recordó el carácter sagrado del emisario: “El recolector de almas”.

“Cuando ronda uno, solía decir el Opygua, las almas de los difuntos están en paz”.

En el sueño, él se transformó en el mainumbi y desde sus ojos, fue testigo de un viaje largo y extenuante donde las aguas se dividían en dedos dejando tierras entre medio de los mismos y soñó con aldeas juruas, con chozas apretadas como las celdas de una colmena, donde se hallaba prisionera Itatay.

Despertó.

El día anterior, las aguas habían bajado oscuras y con muchas ramas, y eso sólo significaba que una inundación se avecinaba. La crecida llegaría del norte con fuerza, y comprendió el significado de su sueño. Debía seguir el curso del río para encontrar a su hermana.

Esa mañana volvió a casa y permaneció con Yvy que se derrumbaba de a momentos.

Su esposa lloraba en silencio y machacaba el maíz y la mandioca con furia contenida. Lloraba mientras cargaba el agua con los brazos y con el semblante crispado. Sufría. Pero lo peor, pensaba Kaaguy, eran sus labios. Se torcían involuntariamente en un rictus amargo y doliente y cuando se percataba de que Kaaguy la observaba desde la hamaca, devolvía una mirada cargada de culpa y rencor contenido.

Desapareció la mañana siguiente con un par de viejos trapos que podían ser camisas, un cuchillo, y un viejo pantalón gastado. Si iba donde estaban los Jurua, debía parecerse a ellos. Llevaba sus pertenencias cubiertas con un cuero y todo atado a la espalda. Se movía con destreza y facilidad, como si hubiera ensayado cientos de veces la distancia entre el poblado y la costa. A la orilla del río, se restregó la cara con agua y limpió los restos de pintura negra y amarilla de la cara. Eliminó así los rastros que pudieran conectarlo con la aldea. Tomó agua y durante unos momentos permaneció en cuclillas resolviendo el curso de sus pasos. El silencio del amanecer era notorio, se paró y aguardó de pie bajo el rocío que goteaba de la vegetación oscilando entre un tamborileo suave y una cadencia tranquila que invitaba a la modorra. Envuelto en la bruma tibia de la selva, vio al jaguar. Durante unos instantes permanecieron ambos quietos, Kaaguy pidiendo permiso al animal para seguir su camino, y el jaguar evaluando la amenaza. Tres veces oró el hombre, cada vez más fuerte, hasta que las vibrisas se tensaron y las orejas de la bestia se relajaron. El Jaguar se hizo a un lado y Kaaguy continuó su viaje.

La fiera se sentó sobre sus cuartos traseros y bostezó con las fauces abiertas en una descarada demostración de fuerza con los colmillos al desnudo. Al pie de un lapacho, permaneció lamiéndose el pelaje y de a poco experimentó extrañas contorsiones que alteraron la estructura de su cuerpo. Una serie de gañidos lastimeros acompañaron el dolor de sus extremidades. La sombra apenas visible sobre un suelo oscuro apenas pálido, delataba profundas transformaciones y la fiera desapareció.

Hundió las manos entre el manto tibio de hojas podridas y húmedas y revolvió la tierra, era su forma de volver a pisar el mundo real como hombre. A veces sentía una ligera confusión durante la metamorfosis y no sabía qué era lo real y lo irreal. La visión se volvía un tanto más difusa, perdía la nitidez del entorno y las sombras se entremezclaban con la jungla al tiempo que los sonidos se apagaban. Luego de la confusión pudo sentir el fresco en el rostro, y los olores no eran tan penetrantes como momentos atrás. Otra vez caminaba erguido. Ahora la espesura era un portal donde su espíritu y su sombra eran uno... Volvía a ser Aratiri otra vez. Allí entre la maleza, presentía que las cosas hablaban con ruidos que nada tenían que ver con el viento y la tormenta.

Cuando el hambre extendía sus brazos por tiempos prolongados, o algún problema afectaba la vida en el poblado, el Consejo se reunía y convocaba al hombre santo, entonces por las noches el Opygua salía a establecer contacto con la selva y las aguas del río.

—Ñanderu, hacedor de hombres y bestias, habla, y hace magia en el Opygua -se dijo. —El Opygua pierde su condición de hombre, se transforma en emisario de los Dioses y escucha. Hay queja, hay dolor y el guerrero viaja lejos a pedir explicación al hombre blanco.

Solía patrullar las tierras para que sus hombres pudieran descansar en paz. Algunos de ellos, no todos, tenían la posibilidad de volverse “capiangos”, podían transformarse en jaguar. Entonces no dormía, y velaba el sueño de los suyos, a no ser que los viejos le pidieran que soñara, entonces sí lo hacía...

Por la mañana, con el sol de primavera muy alto en el cielo y sentado con las manos en la Madre-Tierra vio a un Kaaguy decidido. Desencajado y dolorido, se mostraba dispuesto a todo por alterar el rumbo de los acontecimientos, designio de los dioses. La pieza que faltaba para que todo aquello terminara de una vez por todas.

“Libre albedrío”-se dijo- así está escrito, y los dioses volverán a susurrar sus nombres, o el pueblo, SU pueblo, dejaría de existir.

Verano

2005

Algún lugar del Delta, Tigre. Buenos Aires.

1.

“El diablo existe, y tiene los ojos amarillos”

Mariano leyó la frase, y permaneció durante un rato pensativo con la mirada en la computadora portatil.

El sol se filtraba entre el ramaje de las casuarinas y le iluminaba el rostro. De hecho, fue el sol el que lo despertó del sopor en el que estaba inmerso, y la humedad cargada de insectos del verano.

No era oriundo del lugar. Llegó como llegan las hojas en otoño, arrastradas por una brisa que comienza a mostrar los dientes del invierno. A horcadas de una lancha de paseo y durante una luminosa mañana de domingo, cuando el río y la isla parecían escapados de un cuadro de Renoir, con pinceladas policromas en el agua que se mecían en el oleaje cansino.

La gente disfrutaba del sol saboreando cafés mientras los niños jugaban a orillas del río con cadáveres de peces que bailaban al compás de la cadencia de las olas generadas por una vieja lancha de paseo, que lucía maderos gastados, pero pulidos, por las pisadas que la recorrieran durante décadas.

Tras un recodo y en medio de una marejada de pensamientos, se topó con la casa y la isla, buscando la inspiración que se perdía entre el follaje, y con la imaginación a cuestras como un pesado fardo. Uno y otra parecían correr montadas en las nubes, burlándose de sus anhelos de escritor al que la musa le había negado sus encantos.

Bajó ensimismado, y ya los tablonces podridos del muelle rechinaron sus quejas bajo las zapatillas que luchaban por agarrarse a esa trampa que

parecía querer arrojarlo al río por quebrar una paz tan prolongada y aburrida. Caminó los escasos metros hasta la orilla, saltó a un lugar más seguro y recorrió el accidentado trecho hasta la casa, mientras una nube negra de hollín y el pistoneo del viejo motor diesel lo dejaban abandonado a su suerte en el silencioso mediodía, cuando la lancha se adentró en el canal para continuar su derrotero.

Ahora estaba de regreso, dispuesto a pasar una temporada en soledad, en compañía de la casa y el río, encerrado en la trampa que le impusiera su propio aislamiento. Entró en silencio a la casa como quien irrumpe en un lugar sagrado. Pisando y aplastando las plantas trepadoras que se adueñaron del lugar. Las grietas que retrepaban las paredes como una telaraña, eran colonizadas por la cobertura vegetal que se agarraba a los muros verde-gri-sáceos; húmedos, oscurecidos por el agua y la avanzada del río que bajaba de allende la selva.

“El diablo existe, y tiene los ojos amarillos”

¿La frase la había escrito él?

Tiró las cosas a un costado, deseoso por cimentar el inicio de lo que había imaginado como un promisorio futuro de la mano de la propiedad recientemente heredada y su computadora portátil. Acomodó lo básico como para comenzar a escribir, abrió la notebook e inició el sistema operativo mientras instalaba la garrafa para calentar el agua para el mate.

Ahora, días después de su arribo, aún daba vueltas en torno a aquella primera frase que comenzaría el principio del fin de su anonimato, pero la misma resultó ser la única por el momento. No era la primera vez que escribía, pero la timidez y una rigurosa autocensura lo llevaban indefectiblemente a eliminar el producto de su trabajo. Pocas cosas conservaba en archivos, y que aún no se decidía a borrar dado que las ideas trucas no eran malas, pero carecía del hábito de la continuidad, defecto que lo seguía como única compañía fiel en sus actividades domésticas y proyectos encarados. “La única no” -se dijo, y agregó “mi sombra también me es fiel”. Aunque no recordaba haberla visto en los atardeceres grises, ni durante las noches de luna nueva. Se sonrió ante la idea ocurrente.

Permaneció delante de la pantalla de la computadora, como esperando que sus manos continuaran por sí solas lo que parecían haber comenzado sin conocimiento de su memoria.

La frase continuaba allí grabada, y en un acto inteligente, la guardó para la posteridad, porque no se creía capaz de repetir un proceso como aquel, y en tren de elegir una frase con la que comenzar, aquella le pareció tan buena como cualquiera. Nada... No se le ocurría nada. No supo durante esa mañana, ni la tarde de ese día, porqué el color de los ojos del diablo le había parecido tan buena idea, ni supo tampoco por qué aquella podía ser una idea brillante para comenzar algo que no quería ser parte de su fama.

Harto de mediocridad, se levantó de un salto y se encaminó al fogón de la tapera donde una pava vieja vestida del hollín de cien mil fuegos, cantaba el siseo de los mates que vinieron a rescatarlo de su apatía.

“El diablo existe, y tiene los ojos amarillos”

Leyó la única línea de la pantalla una y otra vez. No entendía que extraños vericuetos mentales habían gobernado sus dedos para escribir algo que no tenía la más remota idea de cómo continuar. Se cebó un mate, caminó la corta distancia entre la puerta y la cama, y se volvió a sentar.

Su vida había transcurrido triste y solitaria, era un anónimo dependiente de un Hospital, que durante cuarenta largos años permaneciera en la más sórdida de las soledades. Ahora, en sus vacaciones, se encerraba en la propiedad en el municipio del Tigre, herencia de una tía, a la que viera pocas veces en la vida y cuyo recuerdo se ligara a él por intermedio del cartero.

La isla de contorno ligeramente oval, se hallaba orientada con el eje mayor en dirección norte-sur, perdida entre la inextricable red de canales del delta. Según supo Mariano, por algunas referencias, los primeros dueños intentaron lotearla en el pasado. Comenzando por el extremo sur de la misma, intentaron mantener para sí mismos y sus descendientes la mayor parte de la propiedad, pero el intento devino en fracaso y solamente consiguieron vender un lote, el que adquiriera su abuelo y heredara posteriormente su tía.

El cartero le entregó un sobre con el matasellos de un estudio de abogados. En el interior encontró una vieja escritura y un mapa levantado a mano con trazos curvilíneos en tinta china sobre viejo papel de plano, donde además de la propiedad cedida por su prima, figuraba el nombre de una finca “La Tía Amelia”, sobre el contorno de una casona de planta rectangular con torreones octogonales en los ángulos norte y sur. La vieja casona no era la única construcción en la isla nombrada como “Decepción”. Hacia el extremo norte de la isla, a escasas decenas de metros de la casona central, a la sombra de un monte relativamente joven y fresco conformado por nogales de pecan,

naranjos y moreras, se alcanzaba a vislumbrar una amplia galería de tres arcadas derruidas que enmarcaban los antiguos talleres y cocheras, terminado en una estrecha vivienda apenas reconocible. Su casa, por otro lado en el extremo sur de Decepción, era parte de otra construcción que seguramente había servido como depósito y vivienda del personal de mantenimiento del lugar.

Mariano no había conocido la isla hasta el momento de heredarla.

Deniño, sus recuerdos acerca de “La Tía Amelia”, se hallaban circunscriptos a charlas familiares y momentos de esparcimiento dominguero. Charlas que a menudo se mezclaban con olores y sabores de almuerzos en los que él y sus hermanos escuchaban a sus padres comentar las historias que nutrían su imaginación.

Salió de la casa dispuesto a recorrer las instalaciones de la isla. Desde la puerta, un sendero cruzaba el lote y se perdía a escasos metros borrado por la vegetación y algunos árboles que crecían en forma descuidada, ocultando parcialmente la fachada alejada de la casona. Tomó otra huella secundaria que seguía un curso paralelo a la línea de la costa y terminaba en un pequeño muelle en el extremo más alejado del lote. Traspuso el alambrado perimetral y continuó caminando a la vera de la costa hasta el margen opuesto a la altura de la casa principal, donde unos hierros asomaban por entre los fundamentos de una antigua construcción abandonada en sus comienzos. Seguramente un puente. Los pilares se hundían en el lecho barroso de la orilla. Se volvió y observó el panorama que se abría desde ese punto, ante sus ojos. El trazado de un viejo camino con algo de mejorado que recordaba un antiguo pavimento en piedra triturada, resaltaba ligeramente respecto del terreno circundante, asomando por entre las raíces de algunos arbustos y árboles que ocultaban el antiguo recorrido. A lo lejos la traza parecía alcanzar el pórtico mismo de la casona, aflorando al pie de la escalinata. La isla, y según los mapas, contaba poco más de diez hectáreas, recordó. Parado allí, el terreno y la casa en cuestión, ocupaban el campo visual. Por lo que viera en el mapa de la propiedad, la casona y el área de talleres, ocupaban el centro, recostados contra la margen opuesta de donde se encontraba en ese momento, y a un lado del canal secundario que desembocaba al principal ancho y caudaloso. Duraznillos, helechos, hiedras, todo crecía según un antiguo patrón olvidado, y cubría partes del suelo, rico en materia orgánica y césped salvaje tachonado por tréboles y frutillas silvestres bajo una cubierta de diversos árboles. Se volvió